

19/09/1985

Mauricio Molina

Para mi madre, María del Carmen Cardona Silva

Mucho se ha escrito acerca de cómo el terremoto del 19 de septiembre de 1985 cambió la vida social de nuestro país. La autogestión solidaria, la organización libre de personas de diferentes estratos y sectores sociales para ayudarse mutuamente marcaron el inicio de una nueva relación entre la sociedad y el gobierno. Tuvo que llegar un cataclismo de proporciones dantescas para darnos cuenta de la ineptitud de un Estado mexicano incapaz de proteger a la sociedad. La orfandad que sufrimos y la fuerza que de ahí sacamos fueron los ejes sobre los cuales se gestó una transformación radical de nuestro país, al grado de que no es exagerado afirmar que una gigantesca grieta se abrió entre la sociedad y el Estado, una herida que no ha cerrado y que parece acenarse cada vez más.

Pero no quiero debatir en términos políticos, sino recordar mi experiencia personal con el terremoto de 1985. Unas semanas antes, Patricia Gola, entonces mi pareja, recibió una beca del Instituto Goethe para ir a Bremen a traducir a Paul Celan, el poeta que pasó una temporada en el infierno de Auschwitz y que se suicidó en París en 1968. En aquella época mi madre vivía en el octavo piso del edificio Nuevo León de Tlatelolco, donde habíamos pasado buena parte de nuestras vidas. Recuerdo que desde las ventanas de aquella gigantesca construcción se podían ver los aviones que aterrizaban a lo lejos en el aeropuerto y que los amaneceres —el sol inmenso abriéndose en el horizonte, entre las antenas de los edificios— eran espectaculares. En esos días yo vivía en Copilco y trabajaba en la Dirección de Literatura del INBA cuando la dirigía Margo Glantz y hacíamos un hermoso proyecto de investigación titulado *Guía de Forasteros*.

El 18 de septiembre de 1985 caí enfermo de gripe y mi madre acudió a mi casa para atenderme. Las horas fueron pasando y, como estaba solo, decidió quedarse en mi casa aquella noche. Al otro día regresaría a su casa a cuidar de sus canarios.

La mañana del 19 de septiembre, como a eso de las seis de la mañana, mi madre ya estaba despierta y se la veía un tanto desasegada. Sé que esto sonará a ficción pura y acaso lo es, como todos los eventos de la realidad, pero recuerdo que se sentía inquieta porque había soñado que se le habían muerto sus pájaros, cuyas jaulas colgaban de la azotehuela del octavo piso del edificio Nuevo León de Tlatelolco. Mi hermano, que era mi vecino, salía poco antes de las siete de la mañana a tomar clases en el Instituto Goethe, por lo que decidieron irse, mi madre y él, juntos en el metro rumbo al norte. Yo todavía tenía un poco de fiebre y en la televisión veía el noticiero matutino cuando, entre parpadeo y parpadeo, sentí que estaba temblando. Eran las 07:19. Mi departamento estaba ubicado en un décimo tercer piso, por lo que el movimiento era bastante fuerte. El agua del lavadero se derramaba con el bamboleo del edificio, la señal televisiva se interrumpió, todo crujía a mi alrededor. Quizá fue la fiebre, pero recuerdo que no sentí ni miedo ni nada parecido, antes bien creo que disfruté del extraño fenómeno como se puede uno fascinar con una tormenta eléctrica o con un eclipse. No podía imaginar entonces que aquello sería uno de los cataclismos más terribles de la historia de nuestro país.

Una llamada telefónica, proveniente de un amigo de la familia que vivía en Tlatelolco, logró colarse después del temblor.

—Todo está destruido, todo se vino abajo —la voz lloraba, filtrándose entre los

chasquidos de la interferencia de las líneas saturadas.

Logré explicarle que mi madre acababa de salir de la casa, que era imposible que ya estuviera en el Nuevo León.

Mi madre y mi hermano fueron sorprendidos por el terremoto en el metro, más o menos a la altura del Hospital General, que también se vino abajo. Salieron de la estación con la ciudad en ruinas. Como pudieron, gracias a automovilistas solidarios que los acercaron al lugar, lograron llegar hasta el Nuevo León. Lo que vieron fue el inmenso edificio derrumbado, nubes de polvo, escombros, pánico.

Al cabo de unas horas lograron regresar al sur de la ciudad. Mi madre había perdido todo: su casa, su ropa, sus cosas personales, y con ello recuerdos entrañables de la familia.

Una de las formas del azar es el misterio y en el caso de la salvación de mi madre esta aseveración no podía ser más justa. ¿Cómo es posible que entre todas las personas que murieron en el edificio Nuevo León de Tlatelolco se hubiera salvado ella? Una rara combinación de eventos, casi como una fórmula matemática, se habían encadenado sólo para salvarla del terremoto. Entre ellos pienso en la gripe que me aquejó (y por supuesto en mi complejo de Edipo), en el hecho de que a mi pareja le hubieran dado una beca para traducir a un poeta que había sufrido en un campo de concentración y que se había suicidado trágicamente, acaso sin lograr nunca superar aquella experiencia.

A Paul Celan, a quien le torturaba la pregunta de si podía haber poesía después de Auschwitz, le hubiera gustado saber que muchos años después su propia poesía había salvado, al menos, una vida: la de mi madre. ■